

Hospital Militar.—Director Teniente Coronel José Barragán, Sub-Director Mayor Jesús H. González, Capitán 1º Administrador, Carlos Garza Margáin, Capitán 1º Farmacéutico Francisco Vela Garza, Capitán 2º Comisario Félix M. Navarro, Capitán 2º Dentista Gabriel M. de los Ríos.

Corporación de Suelto.—Capitán 1º Enrique Orellana Capitán 2º Laureano García.

6º Regimiento.—Teniente Coronel Enrique Luebert Capitán 1º Angel M. Morales, Tenientes Juan Cedillo, Aniceto Magaña, Subtenientes Francisco Castro, Pedro Salazar, Vicente López, Manuel de la Torre, Ignacio Gómez, Fernando Ortiz (muerto).

CAPITULO IX.

La Defensa Social. Las pérdidas sufridas por la ciudad. La Compañía Telefónica. El último cañonazo.

Cuando a mediados de Octubre empezaron a correr muy insistentemente los rumores del avance de los carrancistas sobre la plaza de Monterrey; cuando el peligro remoto habíase convertido en seria y firme amenaza, el señor Ing. Genaro Dávila, lanzó una iniciativa para que los vecinos de Monterrey, sin distinción ninguna, se fueran preparando a defender los intereses de la ciudad y constituyeran el Cuerpo de Defensa Social.

Por causas que ignoramos, pero triste es decirlo, fueron relativamente pocos los ciudadanos, to-

dos de la clase media con muy pocas excepciones, que recogieron la idea del Ing. Dávila.

Tras de una junta preliminar en que quedó constituida dicha corporación, sus componentes empezaron a recibir una instrucción militar rudimentaria.

¡Jamás llegó a creerse con absoluta firmeza, que muy pronto tendrían que oponer con sus pechos inexpugnable muralla al empuje del rebelde!

La noche del día 21, cuando tras las derrotas que sufrieron al norte de la ciudad las pequeñas avanzadas de federales, se compendió totalmente que el peligro estaba próximo, los denodados jóvenes de la Defensa Social, hicieron desde entonces, hasta pasados los días angustiosos del combate, guardias y servicios de vigilancia por las calles de la ciudad y en el Palacio de Gobierno.

El Palacio de Gobierno y los elevados muros del Templo del Sagrado Corazón de Jesús, fueron convertidos en verdaderas fortalezas cuya defensa estuvo a cargo de los jóvenes a que venimos refiriéndonos, y a quienes, como un tributo, consagramos no solo este capítulo, sino también la dedicatoria de este folleto.

La ciudad, agradecida, reconociéndolos de hoy en más como sus hijos mejores, habrá de guardar sus nombres eternamente. Hélos a continuación: Ricardo B. Panza, Antonio Hernández, Luis G. Bustamante, Adolfo Echegaray, Edelmiro Z. y Leal, Fausto de la Garza Pariente, Teódulo Reséndez, Manuel F. Villarreal, Luis Dorbeker, Jorge B. Warden, Miguel Botello, Gregorio Lecea, Pedro Lecea, Porfirio Santos, Ventura Barrientos, Pedro Cárdenas, Feliciano N., José M. Lozano, Manuel Garza Rodríguez, Ing. Pedro Mayo Barrenechea, Eutimio Calzada, Adolfo Salinas, Ladislao H. González, Francisco Lugo Rivas, Nicomedes Agui-

lera, José Hernández, José Argüelles, Juan Garza González, Emilio de la Garza, Carlos Elizondo, Leopoldo Vela, Adolfo Villarreal, Carlos Serrano, Eduardo Sada, Carlos E. García, Abraham Bocanegra, Antonio Valencia, Abraham Calderón, Jacobo Ulibarri, Roberto Martínez, Narciso Cavazos, Felipe Aguirre, teniente José Sámano Rodríguez, joven ordenanza del 170. Regimiento Guillermo Morales, Arturo M. Guevara, Bernabé Pérez Aniceto Martínez, Everardo Garza, Antonio Magnón, h. Andrés Salinas, Luis Dávila, Jesús Peña, Ignacio Buitrón, Juan Francisco Castañeda, Justo Buitrón, Felipe Cantú, Jesús Herrera, Emilio González, Lic. José Ma. Cantú, Refugio Estrada, Medardo H. Gil Martínez, Benito García, Filiberto Rodríguez, Francisco Rodríguez, Manuel Moreno, José Maldonado, Catarino Hernández, Melesio Rodríguez, Eugenio Mireles, Victoriano Palomo, Ernesto Gómez Ricardo M. Ancira, M. Treviño, Emilio Z. Leal, Alberto González del Valle, Ladislao H. González, Francisco Lugo y Ríos, Herminio L. Cardona, Marcos Trujillo, Fermín Montenegro, M. Garza, José M. Garza, Jesús García, Román Lozano, Lucio Garza, Inocente Moises, Lic. Carlos Sepúlveda, Ismael Cortés, Lorenzo Sada, Mariano Martínez, Cadete Antonio Elizondo, Antonio Hernández Hiracheta, Raúl Cueva, Juan Antonio Muñoz, Oswaldo Sánchez, Roberto, Luis, y Rodolfo G. Aldape, Lic. Isauro Villarreal, José Cortés, Ramón García, Severo García, Julio A. Michel, Santos Abrego, Rafael del Castillo, Herculano del Castillo, Carlos Moreno, Pablo Leal, Arturo J. Tamez, Fructuoso Avila, Leopoldo de Larios, Rodolfo Barajas, Raul Cueva Paz, Angel Cueva, José Sánchez Anaya, Juan A. Muñoz, Gilberto Sáenz, Florentino Cantú, José Garza, Francisco de los Santos, José B. Nardín, Jesús Z. Rodríguez,

M. A. Martínez, Rodolfo Treviño, Cesar Guerra, Ildefonso García, Ismael Montemayor, Dr. Silvestre Gutiérrez, Ignacio Clauvifar, Jose Covaseviche, Enrique Morales, Antonio Dávila, Salomón Rodríguez, Benjamín Flores, Adolfo Vega, Manuel L. Morales, Eulogio Garza, Gabino Garza, Alberto Sánchez Domínguez, Alberto González Warden y Angel Zedillo.

Urgidos como estamos, según dijimos ya en otro capítulo, por el oportunismo que demanda la publicación de todo folleto no nos detendremos en relatar las escenas registradas a la hora en que los revolucionarios, escarmentados por su derrota, emprendían la retirada.

Durante los días 23 y 24, cuando el Norte de la ciudad quedó bajo su dominio, muchas casas particulares, Hoteles y comercios, fueron saqueados e incendiados por ellos.

Calcúlase que la ciudad sufrió una pérdida de más de 7 millones de pesos, sin adicionar el monto de los daños causados a la Cía. de los Ferrocarriles Nacionales que se estiman en 8 millones.

Enumeramos a continuación, los principales establecimientos comerciales e industriales que fueron destruidos, omitiendo el crecidísimo número de residencias particulares dañadas de igual manera

Casa Redonda del Internacional con cerca de seiscientos carros y diez y seis locomotoras, Talleres del Central, Hoteles Nacional y Nuevo León, Comercio de los señores Fortunato Guzmán Hnos. Bodegas de Alaniz Tamez Hnos., Casa comercial de Pedro Garza Cantú y Hnos., Tienda "La Rivera" del señor José A. Montemayor, Residencia del Gral. Miguel Quiroga, Molinos de Cilindros de los Sres. Ernesto Madero y Hnos., Monte de Piedad de la Esquina de las calles Juárez y Modesto Arreo

la, Botica del Golfo del señor Antonio Treviño Garza, Botica Independencia del señor Arturo Olivares, El Paso del Nacional, tienda de abarrotes, Sombrerería del Ciprés frente al Nacional, Monte pío "La Banca" situado en la esquina de las calles de Juárez y Espinosa, "El Importador" tienda de ropa y abarrotes, Bodegas de Eleuterio de la Garza y Cía.

Hubo además otras casas, que fueron saqueadas por los carrancistas, quienes hicieron pedazos y quemaron cuantos muebles había en ellas.

Numerosas aprehensiones.—Pasado el peligro, cuando a las autoridades civiles no quedaba más que hacer que vigilar por el orden y la tranquilidad de la población, se llevaron a cabo numerosísimas aprehensiones de individuos sospechosos de estar en connivencia con los revolucionarios, y haberse aprovechado de las horas de confusión para hacer fuego de las azoteas de las casas sobre los federales.

Se ignora a punto cierto por qué causa fueron aprehendidos entre otras prominentes personas, los señores licenciados Generoso Garza, Lázaro de la Garza ex-secretario de Gobierno, Carlos Leal Isla y Rodolfo Hinojosa, Luis Guimbarda, Lic. Lorenzo Roel, Ramón Castillo, Ing. Juan C. Doria, Ing. Luis Pérez Bolde, Enrique H. Herrera y otras muchas.

La mayoría de las personas antes mencionadas, obtuvieron su libertad pocas horas después de haber sido encarceladas.

La Compañía Telefónica.—Párrafo aparte merece el comportamiento de los empleados de la Compañía Telefónica y Telegráfica Mexicana, cuyos importantísimos servicios en las horas aciagas y de mayor peligro están fuera de toda valorización.



La Casa Redonda del Central después de ser incendiada por los rebeldes.

Dirigi los constantemente por el Gerente de la compañía señor ingeniero Don Gustavo Treviño, transmitieron sin cesar ordenes urgentísimas a los diversos puntos de defensa.

Sin el auxilio de los aparatos telefónicos, el sufrimiento para las familias hubiera sido terrible durante los días trágicos.

En determinado radio era permitida la comunicación de los particulares, siempre que se solicitaba a la Secretaría de Gobierno o al Cuartel General.

Debe de consignarse así mismo, el empeño de las compañías de Tranvías, Luz y Fuerza Motriz de Monterrey y de Agua y Drenaje, que multiplicaron sus esfuerzos pasados los momentos de terror, para reparar los daños sufridos por el servicio.

El Último Cañonazo —La tarde desplegaba sobre el confín del horizonte la gasa rosa azude su crepúsculo. La atmósfera asfixiante, cargada tantas horas por las nubes de pólvora, estremecida con el estruendo de la fusilería y el cañoneo, empezaba a despejarse, y un aire suave y tranquilizador inundaba las almas de confianza dibujando sonrisas en los rostros.

El fuego de la fusilería era cada vez más lento. Los ecos se alejaban como anunciando también que se alejaba el peligro.

Como a las 6 de la tarde, el formidable estampido de un cañonazo dejóse oír por el Poniente.

¡Quien hubiera sabido que era el último! como lo fué en efecto.

Ya en anterior capítulo dijimos que a las 9 de la mañana del día 23, los revolucionarios lograron adueñarse de los cuarteles de infantería, estableciendo en el del 1er. Batallón su sitio de aprovisionamiento de parque.

Recordaremos que los soldados federales que cayeron en su poder, fueron puestos en libertad, y que tomaron con dirección al Obispado, donde se hallaba emplazada la pieza cuyo disparo fué el último, y que consumió la derrota de los rebeldes.

Indicado por estos soldados el sitio donde los carrancistas almacenaron su parque, los artilleros del Obispado, hicieron el 24, a la hora mencionada, dos tiros: uno de exploración que cayó fuera del edificio, y otro cuyo proyectil cayó precisamente en el sitio que se deseaba, destruyendo el edificio bajo cuyos escombros hizo explosión la enorme cantidad de cartuchos con que todavía contaba el enemigo.

El pánico cundió entre los rebeldes, que acosados por la brigada de caballería del general Peña emprendieron la fuga en medio de un espantoso desorden.

CAPITULO X.

¡La ciudad salvada!-Los funerales del Sr. Gral. Miguel Quiroga - Complementarias.

Las horas de terror y de inminente peligro habían pasado ya. El 25 de Octubre, la ciudad amaneció aunque sobrecogida por el espanto de los días anteriores, en medio de un ambiente que brindaba al espíritu tranquilidad y paz.

El comercio sin embargo permanecía cerrado, e izadas las banderas de los países extraños en lo alto de las residencias de los señores Cónsules.

Las calles estaban invadidas por numerosos

soldados; había muchas de las cuales no se habían retirado todavía barricadas ni trincheras.

El anhelo de todos consistía en que cambiara el aspecto de la población, en volver a contemplarla como en días sosegados, risueños y tranquilos.

El ánimo impresionado fuertemente por los sucesos que acababan de desarrollarse, se acobardaba de todo. Cualquier pequeño ruido, el paso de alguna tropa, la carrera de algún oficial, todo nos hacía pensar en el apareamiento de nuevos peligros.

No faltaron personas mal intencionadas que se encargaran de sembrar la alarma, diciendo que los rebeldes se rehacían para volver al ataque.

Como a las 6 de la tarde del Domingo 26, día en que a pesar de todo tuvieron verificativo las elecciones de Presidente y Vice Presidente de la República, se hizo correr la voz de que el Sr. Philipp C. Hanna, Cónsul de los Estados Unidos cuyo comportamiento se ha prestado a muy tristes comentarios, había dicho a sus nacionales que vivían por el Norte de la ciudad, que buscaran refugio hacia la parte céntrica porque el combate se iba a reanudar.

Afortunadamente, la confianza había entrado de lleno en los espíritus, y apenas si algunas gentes se atrevieron a creer y formar pávulo a la grosera especie de que hablamos.

Monterrey, al correr de las horas, fué cobrando su aliento, su vigor y energías. Para el día 26 no quedaban sobre su seno sino las huellas marcadas por la terrible convulsión.

Los comercios se abrieron, se abrieron los talleres, las aulas congregaron nuevamente los escuadrones de la niñez que estudia, y en las sinagogas del Arte se reanudaron las funciones, dedicando la primera el Teatro Salón Variedades EL

PROGRESO, a beneficio de los Defensores de Monterrey.

El arribo de tropas era incesante. La población estaba como está todavía, protegida por extraordinario número de batallones y regimientos de infantería, caballería y artillería.

Habiéndose trasladado a Monterrey el Cuartel General de la División del Bravo que se encontraba en Laredo, Monterrey es el punto de concentración de tropas cuyo número de hombres, es en estos momentos de más de 12,000.

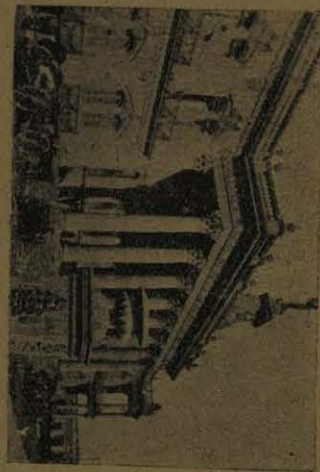
Los funerales del general Quiroga.—

A las 2 de la tarde del día 25 de Octubre, se efectuaron los funerales del señor general Miguel Quiroga, cuyo cadáver había quedado oculto bajo una fosa provisional, en un cuartijo de la Calzada Unión, donde su afligida esposa había podido librarlo de caer en las manos de los carrancistas que preguntaban por él con un encarnizamiento indescriptible.

Exhumado el cadáver del infortunado jefe de irregulares, se le colocó en un lujoso ataúd, acompañándolo hasta el Cementerio del Cárme, el silencioso cortejo de los bravos soldados que en medio del fragor de la metralla, lo habían acompañado en las últimas horas de su vida.

Por la Salubridad Pública.—Desde el amanecer del día 25, la primera autoridad municipal dispuso que sin pérdida de tiempo fueran recogidos y sepultados en una inmensa fosa, los cadáveres que se hallaban regados por las calles de la población.

No es posible precisar el número de bajas que tuvieron los revolucionarios, porque durante los días de combate pudo verse que había individuos encargados de recoger sus muertos para impedir



Palacio de
Gobierno.



Distintos aspectos durante
los días de combate.

tal vez que los defensores se dieran cuenta exacta de su número.

Estímase, empero, que los rebeldes tuvieron más de novecientas bajas sin contar los heridos.

Los federales, por su parte, tuvieron que lamentar entre muertos y heridos, como 235 hom-

es.

Monterrey ha cambiado ya el aspecto de terror y de espanto que mostrara en las terribles horas de la lucha. Es el mismo de siempre, bullicio so y alegre, el colmenar inmenso donde un millón de abejas se confunden, y cuyo sunsuneo es el himno armonioso del Trabajo.

¡Ciudad gloriosa y fuerte, la de los hijos nobles que han labrado con tu felicidad la de la Patria, corre el manto piadoso del olvido sobre tus días aciagos, y deja tu guirnalda de myrthos y de rosas sobre la tumba recién abierta de los que murieron por tí!

Acoge en tu regazo cariñoso, a los que después del triunfo besaron con ardor tu altiva frente. Para ellos, tus salvadores, la gratitud perdure en todas nuestras almas, y escúlpanse sus nombres en el mármol y el bronce de tu soberbio escudo!

¡Caiga sobre tus hijos, oh amada ciudad nuestra, la bendición de Dios conjuradora.....!

FIN



